

# MI LIBRO ENTERRADO

MAURO LIBERTELLA



# **MI LIBRO ENTERRADO**

**MAURO LIBERTELLA**

**ELEFANTA**



**EDITORIAL**

*MI LIBRO ENTERRADO*

Primera edición, 2016

D.R. © 2016, Mauro Libertella  
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria  
[www.schavelzongraham.com](http://www.schavelzongraham.com)

D.R. © 2016, Elefanta del Sur, S.A. de C.V.  
Tamaulipas 104 interior 3,  
Col. Hipódromo de la Condesa  
C.P. 06170, México, D.F.  
[imailiano@gmail.com](mailto:imailiano@gmail.com)  
[www.elefantaeditorial.com](http://www.elefantaeditorial.com)



@ElefantaEditor

ISBN: 978-607-9321-22-2

Director de la colección: Emiliano Becerril Silva

Ilustración de portada: Ana Bellido

Formación: Lucero Vázquez

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

IMPRESO EN MÉXICO | PRINTED IN MEXICO

MI PADRE MURIÓ HACE CUATRO AÑOS, UN MEDIODÍA DE octubre, en su departamento de dos ambientes en el que ahora vivo yo. Me acuerdo de ese momento con especial nitidez, porque unos segundos antes de que dejara de respirar supe que a la cuenta regresiva le había llegado, literalmente, su último suspiro. Fue un instante al mismo tiempo suave y dramático: yo arrodillado en el piso, él acostado en su cama, inconsciente hacía horas.

Con mi tío y mi hermana le dábamos de tomar un líquido medicinal, hecho para suplir las proteínas de lo que hacía días ya no podía comer. La escena era terrible, porque el deterioro físico se imponía con toda su visualidad; estaba muy flaco, postrado, y tenía la mirada perdida. Y sin embargo, lo recuerdo todo con levedad y ternura, sin estridencias. Tomaba tragos cortos de un vaso de vidrio que nosotros inclinábamos en su boca: era un autómata en su último gesto de supervivencia. Tomá un poco más, tomá un poco más, le pedíamos nosotros, obstinados, repitiéndolo como una plegaria. El último trago le cortó al fin la respiración, que era ya un hilo tenue y frágil. Así lo vi morir, con la cabeza apoyada en la almohada y los ojos cerrados. Supongo que fue una linda forma de morir, entre sus libros y en su propia casa, donde en sus últimos años ya había estado muriéndose de a poco.



LA ENFERMEDAD QUE LO TERMINÓ DE MATAR ACTUÓ CON velocidad. Había pasado un mes y medio, dos meses desde la primera internación hasta ese mediodía de octubre. Me acuerdo llegando al hospital, una mañana de invierno, y perdiéndome por los pasillos hasta dar con la sala de guardia. Le habían asignado la última cama, contra la ventana, y él esperaba sentado, vestido, mirando a la calle, con el bolso a sus pies. Esa mañana se había despertado con dolores, armó el bolso y se fue en colectivo al hospital. Me llamó desde un teléfono público cuando le sugirieron, con palabras poco exactas pero enfáticas, que se tendría que quedar unos días para estudiar bien lo que pasaba. Cuando lo vi desde lejos, al fondo de ese gran salón con camas, me pareció un inmigrante que llegaba con su bolso de la vieja Europa. Había algo anacrónico en su ropa y su cara había envejecido con una rapidez llamativa. Era un hombre fuerte, autosuficiente, pero era también un hombre solo en una cama mirando por una ventana.

Nos abrazamos, charlamos un rato, y se impuso como siempre un clima signado por el humor y los juegos retóricos. No sabía lo que tenía, no le habían dicho nada. Con la excusa de alguna llamada, lo dejé un rato recostado y me fui a buscar un médico. Por el modo en el que uno de ellos me saludó cuando le dije que era el hijo del paciente de la última cama, sospeché que las cosas andaban mal. Era joven, alto, de barba vagamente salvaje y semblante curtido por las horas tenebrosas de la trasnoche hospitalaria; se notaba que estaba nervioso. Habló muy rápido, una o dos veces me tocó el hombro y no fue demasiado sutil. Me dijo que no sabían “a ciencia cierta” cuál era el cuadro, que sería muy apresurado de su parte esgrimir algún diagnóstico sin estar respaldado por garantías o certezas, pero que tenía agua en los pulmones y que eso casi siempre es un signo de cáncer. Sobrevino un silencio horrible, densísimo, y cuando yo me estaba empezando a derrumbar y el joven doctor tenía que sacarme a flote, dijo las cosas como eran: “no hicimos las pruebas, pero ya te puedo decir que está avanzado”.

¿Cómo volver después de eso a la cama de mi padre y reincorporarme a la lógica del buen humor? Fui al baño, descargué un llanto en ráfagas cortas, me lavé la cara y atravesé de nuevo el largo pasillo hasta donde él me esperaba. Me preguntó qué había hecho y le devolví una respuesta esquiva, probablemente inverosímil. Cuando lo noté cansado le dije que durmiera un poco, que ahí lo iban a cuidar, y aproveché para irme. Quizás se dio cuenta de que yo ya sabía lo que tenía y prefirió no increparme por cortesía. No lo sé. Lo cierto es que salí a la calle embotado, me subí a un colectivo y me senté en el asiento del fondo. Me lo imaginé a él durmiendo en una de esas camas perdidas del hospital, y en ese momento me di cuenta de que mi viejo se iba a morir.



YO TENDRÍA DOCE, TRECE AÑOS, CUANDO EMPECÉ A INFERIR la inclinación de mi papá por el alcohol. Lo veía siempre con un vaso en la mano y una botella cerca, pero entre la inocencia natural de la edad y su propensión a invisibilizar el vicio, la recurrencia no cobró mayor peso. Alguna vez le saqué un trago de su coca cola, a media mañana, y cuando lo probé me sorprendió el arrebató de un whisky inesperado. Cuando vivíamos todos juntos, mi hermana, mis padres y yo, él guardaba una damajuana enorme en un mueble de la cocina, y cualquier testigo atento podía ver cómo esos largos litros de vino tinto bajaban con la velocidad con la que se desencadena un tsunami. Tal vez yo de chico pensaba que mi papá siempre tenía mucha sed. De grande entendí que era alcohólico.

Con el paso de los años la adicción se fue profundizando y hacia 1996 decidió ir a Alcohólicos Anónimos. Todas las noches, después de trabajar y antes de llegar a casa para la cena, manejaba hasta las instalaciones de un hospital público, en Barrio Norte, donde funcionaba el grupo de contención. A veces cuando volvía contaba alguna anécdota, pero nunca se explayaba demasiado. Durante esos meses cenaba con jugo de naranja; tomaba vasos y vasos como si de pronto lo hubiera dominado una sed infinita. La aventura con Alcohólicos Anónimos duró algo más de un año, pero papá tenía recaídas cada vez mas frecuentes, y llegó a esconder botellas de whisky y cognac en los cajones de su escritorio o entre la ropa del placard. Al final, un día, dijo basta al grupo de contención. A los pocos meses mis viejos se separaron.

Ahí empieza lo que llamo el derrumbe. Se mudó a un monoambiente a tres cuadras del parque Las Heras. Era un departamento pequeño y depresivo, que poco a poco se fue llenando de botellas. Salía poco y con mi hermana lo visitábamos dos veces por semana, en una rutina que se extendió por años. Nunca me lo dijo, pero era obvio que ya había decidido empezar a encarar sus últimos años encerrado, casi sin dinero, fumando y tomando cantidades increíbles de alcohol y escribiendo sus obras completas. Su cuerpo se empezó a deteriorar con velocidad, y su rostro envejeció a base de mala alimentación y sedentarismo. Era diabético hacía mas de dos décadas, y sabía que no soportaría por muchos años los embates de esa rutina. Por eso es lícito pensar que se fue muriendo de a poco, a conciencia, como una elección. Alguien me dijo una vez: “tu viejo se suicidó en cuotas”. La frase no me gusta.

Si bien se empeñaba en preservar las formas (no encajaba con la imagen canónica del “borracho”), la transformación se fue volviendo nítida. Como si un dique se hubiera roto, y ahora el cauce empezara a correr con una fuerza tremenda e incontrolable. La falta de dinero, que era producto directo del mismo síntoma, volvía la situación especialmente violenta. Muchas veces me llamaba para que le preste diez o veinte pesos para comprarse un par de sándwiches. Un día me di cuenta de que con el dinero que le daba se compraba botellas de whisky y paquetes de cigarrillos. Con los meses fue perdiendo el hambre. Nos juntábamos a cenar y él comía apenas dos o tres bocados, con una lentitud trabajosa; el resto era pura hidratación. Como siempre estaba de buen humor y contaba unas historias alucinantes, al principio el cuadro no era tan chocante. Con los años fui percibiendo que el buen humor y el despliegue de la retórica se inflaban a medida que las botellas de vino o whisky se secaban. Nunca lo veía de día, así que puedo decir que durante los últimos largos años no vi a mi papá sobrio. A veces, si me lo encontraba de casualidad en algún

bar por la tarde, podía ver que sus manos temblaban.

A los dos años de vivir en ese monoambiente, surgió la posibilidad de una mudanza. Mi padre y su hermano Juancho eran dueños de un departamento de dos ambientes en Palermo que alquilaban, y cuando el contrato terminó le insistimos para que se mudara ahí. Vaciló pero finalmente cedió. El cambio era a priori luminoso, y el nuevo departamento prometía un futuro de primaveras y resurrecciones, pero muy pronto quedó claro que lo suyo era una decisión imperativa, sin retorno y que no estaba condicionada por una simple alteración edilicia. De los dos ambientes conquistó únicamente el living, donde puso una mesa grande de madera con la máquina de escribir, una biblioteca contra la pared y una cama en el otro extremo. El ambiente restante fue palideciendo por el uso nulo, y terminó siendo un siniestro juntadero de polvo y suciedad. Por eso con mi hermana nunca nos quedamos a dormir en su casa.

Los últimos años los pasó casi exclusivamente encerrado en ese departamento. Nuestra relación se ancló definitivamente en la dinámica del diálogo y ya raramente salíamos a la calle juntos. Esos encuentros tenían siempre una veta fascinante, pero ver su deterioro era también devastador. Cuando las cosas se ponían verdaderamente dramáticas, hablábamos del tema. Me dijo muchas veces que no podría dejar el alcohol, que su cuerpo ya no lo resistiría. De un modo trágico, era al mismo tiempo una decisión y una fatalidad. Sin embargo, él jamás le echaba la culpa al alcohol. Reconocía que no podía vivir sin por lo menos una graduación ética mínima por día, pero no trazaba la relación entre la bebida y el derrumbe completo de su estructura: el trabajo, algunas amistades, el cuerpo, su matrimonio. Paradojalmente, día tras día estaba dejándose morir y día tras día estaba erigiendo arquitecturas improvisadas para sobrevivir. Le pedía a los amigos sumas pequeñas de dinero prestado, y armaba planes de devolución escalonada para cuando entrara algún ingreso. Mientras tanto, los retribuía con su plena disposición al diálogo y el intercambio de textos literarios. Muchos amigos le agradecían verdaderamente esa entrega, que llamaron siempre “generosidad”.

A mí esos años terribles me provocaban contradicciones profundas. Todavía sumido en la gramática de la idealización e imantado por el encanto de la influencia beatnik, lo veía como un bohemio de esos que quedan pocos, un sobreviviente de una época contestataria y maravillosa. Sin embargo, esa falacia no tuvo fuerza para sostenerse sola. Cuando lo veía temblar o con las piernas tan hinchadas que le costaba levantarse de su silla, San Francisco, City Lights, Allen Ginsberg y toda la constelación beatnik se caían a pedazos.

Una noche lo llamé para ver cómo andaba y no me contestó. Eran las nueve de la noche, quizás había salido a comprar algo al kiosco. A la hora volví a intentar, y nada. En esos años, cada vez que lo llamaba y no atendía pensaba que mi papá había muerto, así que la paranoia empezó a tomar consistencia. Disqué su número cada quince minutos, siempre sin respuesta, hasta que a las doce de la noche no aguanté más y salí para su casa. Llegué al rato y subí hasta el sexto piso, donde vivía. Desde adentro no se escuchaba ningún ruido, y las luces parecían apagadas. Toqué timbre y golpeé dos o tres veces la puerta. Nada. Entonces abrí con mi llave y vi una imagen escalofriante. El living estaba a oscuras y la escena se iluminó de a poco, con la luz tenue que proyectaba la bombita amarillenta del pasillo. Mi viejo acostado en la cama, vestido, con la boca abierta por completo, como petrificado. En la mesa de madera, al lado de sus papeles, había botellas vacías, casi todas de vino. Los ceniceros rebalsaban de colillas, y otros quince paquetes de cigarrillos vacíos aparecían, hechos un bollo, en el piso o en los resquicios que dejaban las botellas en la mesa. Era una postal similar a la de los departamentos cuando una fiesta termina y

ya no queda nadie, pero esta vez mi papá sólo había arrasado con todo. Vi esa imagen en un segundo, toda junta, como un fotograma. Abrí un poco más la puerta, lentamente, con un sigilo medido, y la luz del pasillo la terminó de iluminar del todo. Antes de entrar completamente, todavía sosteniendo la puerta, le hablé. Papá, papá, ¿estás bien? Reaccionó como quien vuelve del infierno, descargando un alarido grave y sonoro que le salió del fondo del pecho, y abriendo los ojos enormes y rojos para entender dónde estaba. Tenía los brazos y las manos duras, entumecidas, y apenas se podía mover. Cerré la puerta, encendí una lámpara, y me senté en el borde de la cama, sin saber muy bien qué hacer. De a poco fue volviendo a un estado de conciencia, y me preguntó qué hora y qué día eran. Le di los datos coyunturales, y pareció reconstruir un trayecto mental impenetrable. Miró la mesa y el piso y supo que nada se podía hacer: su política de la invisibilidad de pronto le había colapsado. Cuando se pudo reincorporar, me dijo que había tenido un ataque de polineuritis. Es una enfermedad tramposa y repentina: los músculos se endurecen, las articulaciones ceden y la persona pierde movilidad hasta quedar petrificada, como una estatua. Puede durar segundos, minutos u horas. Si bien él nunca me lo dijo, con el tiempo y una investigación mínima entendí que era un síntoma que aparece en cuerpos largamente castigados por el alcohol, y también en diabéticos. Esa mezcla fatal que él padecía. Meses después, mi hermana lo visitó y la situación fue parecida, solo que esta vez papá estaba tirado en el piso de la cocina. El living era de nuevo un elogio del reviente. Esa noche vino una ambulancia y tuvieron que asistirlo.

Cuando comparo fotos del año 98 y del 2002, me parece increíble el vértigo con el que su cuerpo cambió. Pero las transformaciones no fueron sólo físicas. Algunos rasgos mínimos de su personalidad, imperceptibles para la mayoría, se fueron tensando, y papá se fue volviendo un poco más violento. Era evidente que su estado le provocaba mucha impotencia, y a veces descargaba contra nosotros una violencia verbal que no podía controlar. Días después de esos ataques de resentimiento que lo acometían, bajaba a tierra y era más suave y amable que nunca. Esa ambivalencia, ese lento ir y venir por una cuerda floja, fue para mí siempre el mensaje más difícil de capitalizar.



A VECES ME PREGUNTO SI ÉL SABÍA, MESES O AÑOS ANTES, que estaba enfermo. Por supuesto que los médicos no se lo habían dicho, porque ellos no lo sabían, pero es posible que él supiera que el proceso de muerte sobre el que tanto bromeaba ya se había convertido en algo tangible. Corroboré esa idea cuando leí algunos signos escalofriantes en su autobiografía, *La arquitectura del fantasma*, que se editó unos días después de su muerte. No llegó a ver ese libro, pero había estado varios meses trabajando en él con una urgencia que a mí me decía mucho. Quiso que su vida estuviera volcada en ese libro, pero creo que terminó siendo un libro sobre la anticipación de la muerte. No había modo de que no fuera así. Mi viejo preparó ese libro como hacía siempre, componiendo desde el cuerpo del texto hasta las solapas y la contratapa. No sólo le gustaba escribir libros, le gustaba hacerlos. Cuando tenía doce años escribió simultáneamente sus dos primeras novelas — *Tarde para llorar y Agentes para la venganza*—, que él mismo encuadernó en unos hermosos ejemplares de tapa verde. Abro la portada y veo, bajo el título, la inscripción que reza “Novela corta de 19 mil palabras”. En *La arquitectura...* habla de estos primeros libros: “Agentes para la venganza era una novelita de cowboys donde yo aprovechaba esas composiciones que piden en la escuela primaria, del tipo Composición Tema: La Vaca. Esto era literal y lógico en una ciudad rodeada de campos y ganado. Aproveché mi vaca para incrustarla en una novela de arrieros del lejano oeste. Eran dos libros-objetos que a mí me parecían hermosos: tapas mullidas de cuerina con algodón adentro, marcador de suave terciopelo azul Francia, ilustraciones interiores, bordes refileados con salpicaduras de oro. Hice una edición industrial de dos ejemplares para cada título. Los conservo en mi biblioteca. El tiempo no ha deteriorado en nada ni ha borrado esa fantasía”.

Ya de grande, cuando terminaba sus libros, aunque después los sometiera a un proceso demente de reescrituras, les ponía dos tapas de cartón y los abrochaba. Esos originales blancos, tipografiados a máquina hasta el último día, son un clásico para la familia y los amigos. Alguna vez estábamos cenando con mi hermana Malena en su casa — en la que ahora es mi casa— y en medio de una charla señaló la fila de originales sin publicar, libros armados y puestos en un estante de la biblioteca uno al lado de otro, y dijo que esa era nuestra herencia. Nunca me voy a olvidar de ese momento; le di muchas vueltas a esa frase, y a veces pienso que una de las tareas de mi vida va a ser aprender a capitalizar ese linaje desparramado en originales blancos.

Su autobiografía fue el único libro que me dio una vez terminado para que lo lea antes de su publicación. Lo encaré con entusiasmo y con vértigo, pero hubo muchos detalles que se me pasaron en esa primera lectura. Era un libro que sólo podía entender si él ya no estaba. Busco ahora la contratapa y lo veo todo tan claro: “Escribo la biografía del viejo que pude haber sido y (...) no sé, siento que la cosa está: ya se hizo toda de ficción. Ahora mi personaje puede vender su verdad como si fuera mentira”. En esos puntos suspensivos está el anciano y el abuelo que mi viejo nunca fue. En esos puntos suspensivos estoy yo en diez, en veinte, en treinta años; están sus manuscritos como herencia y está la historia de una vida que él mismo, entre paréntesis, clausuró.



CUANDO EL MÉDICO ME DIJO QUE YA LE HABÍA CONTADO LO que tenía, me tomé un colectivo que me dejó alrededor de las siete de la tarde en el hospital. A mi viejo lo habían pasado a una habitación individual, apuntalado por un complejo sistema de chequeos y rutinas médicas. Eran las 10 de la noche cuando llegué; el horario de visita había terminado. Esgrimí una excusa endeble en la puerta de entrada y me escabullí por las escaleras hasta el tercer piso, Internación. Cuando entré a la habitación, él estaba sentado en la cama, solo. Parecía no estar haciendo nada. Se lo veía un poco más recompuesto, como si la noticia o la confirmación de sus propias paranoias de algún modo lo hubiera aliviado.

Nos sentamos los dos en la cama, uno al lado del otro, él a mi izquierda, las espaldas apoyadas en la pared. El hospital estaba en completo silencio, como apagado, las luces del lugar eran tenues y estaban encendidas aisladamente, como en fragmentos. Yo estaba nervioso: no sabía cómo había reaccionado él ante la noticia. Cuando nos acomodamos apoyó su mano en mi hombro, una mano pesada y grande que contrastaba notablemente con su cuerpo enflaquecido y casi transparente, y me dijo: “ya lo sé”. No lloramos. Me habló mirándome a los ojos, siempre de un modo suave y cálido. Por primera vez en mucho tiempo no fue cínico, y creo que los dos sentimos que en esa habitación de hospital podíamos mostrarnos vulnerables. Todo lo que hablamos esa noche fue uno de los grandes diálogos de mi vida, porque vi a alguien (a mi papá) aceptando la inminencia de la muerte con una altura y una entereza para la que las películas que había visto y los libros que había leído no me habían preparado. Me dijo que estaba contento con la vida que había tenido, que la había vivido y que se iba bien, sin resentimientos ni cuentas pendientes. “Me hubiera gustado estar diez años más, por ustedes” y ahí yo ahogué el llanto. Me dijo también que él de algún modo había elegido su muerte, y que no me preocupara. No quería que le tuviera pena ni lástima. Tampoco quería que yo me pusiera triste; me mostraba, diciendo esas cosas, que la noticia de la propia muerte puede impactar con la fuerza de una redención o de un alivio.

Esa noche fue tremenda, pero también me hizo correrlo a él de ese lugar de víctima, del “pobre papá que se muere y no puede hacer nada” en el que yo lo había estado confinando en los últimos días. De algún modo, con elegancia y discreción, él me dejó empezar a leer la muerte desde un horizonte conceptual distinto. Sufrí mucho, quise llorar con fuerza varias veces, pero esas palabras fueron como un elogio a la vida en el medio de un velorio. Hacía muchísimo que mi padre no me bajaba una narrativa que fuera vital, y tal vez la confirmación de su muerte le permitió a él mismo correrse de la retórica ácida y de humor negro de la que, en algún momento, ya se había vuelto una víctima. Fue un deshielo, y fue algo sano en medio de tanta enfermedad.



LOS DÍAS EN EL HOSPITAL SE EMPEZARON A CONFIGURAR EN algún momento como una rutina. Asaf, un primo que vive en Israel, al que vi dos o tres veces en mi vida y que se le había muerto la madre un año antes, me dijo que lo mejor para mantener la sanidad mental y emocional era armarse un procedimiento rígido, un esquema del día a día para no rebalsarse. Fue un consejo simple, pero que me sirvió mucho. Con mi hermana nos turnábamos, o nos juntábamos ahí, y nos íbamos manteniendo al tanto de la escasa información nueva que nos pasaban los médicos.

Un tarde nos pidieron que fuéramos a charlar con dos psicólogas en la planta baja del edificio. ¿Cómo es su papá?, disparó una de ellas apenas nos sentamos. La pregunta nos descolocó; era imposible condensar la historia de un hombre ante dos completas extrañas que no nos significaban nada. Cuando vi que se quedaban calladas, esperando una respuesta que no iba a llegar, me lancé a improvisar una historia pormenorizada de los años en los que mi viejo tenía la edad que tenía yo en ese momento. No sé por qué lo hice. Cuando salimos de ahí, sentí que esa reunión breve y más bien burocrática no había tenido mucho sentido, pero ahora me llama la atención que haya elegido, acaso sin darme cuenta, pensar cómo era mi viejo cuando tenía mi edad. Quizás necesitaba ponerlo en mi lugar, o ponerme yo en el suyo, en un juego de temporalidades alteradas; no lo sé. Lo cierto es que eso que me pareció un golpe del azar, o una artimaña para salir de una situación incómoda, con el tiempo fue convirtiéndose en una especie de obsesión. Cuando murió, Agustín, un amigo de su infancia y juventud en Bahía Blanca nos vino a visitar. Nos mostró unas fotos en las que aparecían ellos dos, o mi papá con otros amigos, a los veintidós o veintitrés años. Era la edad que tenía yo cuando él murió. Veía esas fotos y me buscaba a mí mismo. Me hubiera gustado conocerlo a esa edad. Agustín nos contó cómo había sido su vida cotidiana de jóvenes de provincia, y yo buscaba en su memoria y en sus fotos el punctum que me explicara mi propia juventud, que por supuesto era otra. Aunque se vieron durante toda la vida, con mayor o menor intermitencia, a Agustín le dolía haber perdido a ese amigo, al de las fotos. Cuando entendí eso dejé de buscarme ahí, porque me di cuenta de que ese recuerdo era patrimonio de Agustín y otros como él, y que a esa imagen que buscaba tenía que encontrarla en otro lado.



CUANDO QUEDÓ CLARO QUE NO LE QUEDABAN DEMASIADOS días, hubo que tomar la decisión de elegir una locación para su muerte, un escenario. Las opciones se reducían al hospital o a su casa. Entiendo que no es una instancia frecuente: las personas de pronto mueren, o en una sala de terapia intensiva de un hospital, en un accidente, o en una larga siesta de vejez, pero no deciden a dónde van a ir a morir.

Supongo que una serie de contingencias menores confabularon para que tuviéramos que tomar esa decisión. Tras algunos días de relativa calma médica, aparecieron los desmayos. Mi viejo estaba débil, muy débil, y por momentos se apagaba. Al principio esos eclipses eran impredecibles, y para mí eran escalofriantes. Pensaba, siempre, que ya se había muerto. Pero inmediatamente despertaba y la espera de la muerte volvía a ser ese goteo lento y agónico. Al parecer, esa irrupción del factor desmayo acortó notablemente los pronósticos de vida que manejaban los médicos. Un día se me acercó uno de ellos, un médico de mediana edad, alto y corpulento, al que terminé respetando mucho, y me dijo que era momento de tomar una decisión. Ellos no podían hacer mucho más. Si lo dejaba en el hospital, iba a morir en una cama de habitación compartida, posiblemente sólo, con un vaso de agua en la mesa de luz y todo lleno de cables y botones. Por el contrario, podíamos llevarlo a la casa, en donde no iba a tener las garantías de un equipo médico especializado ni iba a disponer de una infraestructura preparada, pero moriría en el lugar en donde vivió, acompañado por su familia. Cuando el médico leyó mi mudez como una respuesta, se permitió por única vez la primera persona. Si fuera mi padre yo lo llevaría a su casa, me dijo. Asentimos en silencio, como viejos amigos, y empezamos a hacer los trámites para el traslado.

Había que contratar una ambulancia, y asegurarse de que las condiciones de higiene en su departamento fuesen lo mejor posibles. Una vez resueltas las exigencias materiales del asunto, empezó un periplo que en su momento fue tortuoso pero que hoy se me antoja como un viaje rocambolesco, casi hilarante. Cuatro enfermeros gigantes, que podrían haber conseguido ese mismo día un trabajo como patovicas de una discoteca, levantaban ese cuerpo frágil y quebradizo para subirlo a una camilla. Mi viejo se desmayaba y lo recostaban de nuevo en la cama para que se recompusiera. Él mismo daba la aprobación para reemprender las tareas, pero apenas se modificaba su eje de apoyo, zas: venía el desmayo. La sucesión demasiado constante de desmayos me asustaba, y pensaba que no había cuerpo capaz de sobrevivir a una embestida de ese fuste. Sin embargo, mi viejo se reincorporaba y relativizaba mis temores con un chiste: “me hice el dormido, eh, se la creyeron”.

Cuando al fin lograron subirlo a la ambulancia, tuvo uno de los desmayos más prolongados — hacía semanas que no veía la calle y fue la última vez que la vio— y con mi hermana dudamos seriamente de haber tomado la decisión correcta. Tal vez ese cuerpo, ya tan leve, no estaba preparado para un movimiento tan drástico. Me resultaba insoportable la idea de que muriera ahí, en una ambulancia de cabotaje, tratando de llegar a un lugar reconocible. Preferimos, sin embargo, seguir. Ese viaje en ambulancia fue lento, trabajoso, y yo pensaba que no lo íbamos a lograr. Cuando llegamos a la puerta de su edificio los enfermeros sacaron la camilla de la ambulancia, y de nuevo el desmayo. Aguanté un poco viejo, ya llegamos, le dije, y se despertó como un bebé al

que lo consuelan de un llanto. Lo subimos por la escalera y por fin llegamos a su casa. Era media tarde, y un sol arisco, invernial, proyectaba sus últimos rayos contra la pared y la biblioteca. La luz y el clima eran perfectos. Era una postal de la muerte hermosa, muy dulce. Mi viejo había vuelto a la placenta, era un bebé que volvía al hogar, a los brazos maternos, para dejarse morir. En ese momento estuve seguro de que el viaje había valido la pena, y de que haberlo llevado a su casa había sido una decisión perfecta.



FUE SIETE DÍAS ANTES CUANDO EMPEZARON LOS DESMAYOS, y ahí la enfermedad pareció haberse acelerado sin vuelta atrás. Era una tarde común de hospital; charlar banalidades y pasar un rato mirando la televisión. Entonces me fui al bar de la esquina a tomar una café. No me demoré más de quince, veinte minutos. De vuelta en el hospital, subí los tres pisos por las escaleras y la vi a mi hermana sentada afuera de la habitación, a uno diez metros de la puerta. Nos saludamos e intercambiamos algunos detalles de la jornada. De pronto algo interrumpió la calma: una enfermera salió vociferando algo incomprensible y varios médicos y enfermeros entraron corriendo a la habitación. Desorientados y en pleno espanto entramos y lo vimos a mi viejo dormido, sin reaccionar. Como en las películas, los médicos se alternaban para ensayar movimientos y se hablaban entre sí en una jerga hermética y compacta. Uno de ellos nos vio y nos pidió que saliéramos. Cerraron la puerta. Fueron unos pocos minutos pero parecieron días; la imagen de mi padre inconsciente, indefenso, rodeado de burócratas de la industria médica era intolerable. Al rato salió uno de los médicos y todo parecía más tranquilo. El fervor que había signado los primeros momentos daba paso ahora a la calma, quizás más aterradora. Se acercó y nos dijo que las cosas se habían acelerado y probablemente ya no se despertaría. Algo se complicó, precisó, sin ser demasiado claro. El que estuvo a punto de desmayarse entonces fui yo. Hacía veinte minutos estábamos charlando sin mayores sobresaltos, y un café en la esquina me había coartado la posibilidad de despedirme de él. Lloré con todo ese dolor. Ya estaba abierta la puerta de la habitación, adentro quedaban dos o tres enfermeras.

Irrumpí en un estado lamentable y les pedí que se fueran, que me dejaran solo con él. Salieron y la habitación quedó de pronto en silencio. Podría haber sonado una canción de cuna. Cerré la puerta. Lo vi ahí, acostado, con los ojos cerrados, y me acerqué llorando. Le hablé, le dije cosas que nunca le había dicho. Que lo iba a extrañar mucho, que no sabía cómo iba a hacer para seguir. Que siempre iba a extrañar nuestras charlas. Estaba diciendo esas y otras cosas, con los ojos cerrados o nublados por el llanto, cuando él me contestó “sí, es duro”. Pensé que me había vuelto loco. ¡Ya me estaba hablando el fantasma de mi padre! Pero no, se había despertado y para él no había pasado nada; a lo sumo se había dormido unos segundos. Me dijo que siga con mi vida, que no me preocupe, que él me veía bien, y yo me secaba las lágrimas y no terminaba de entender qué estaba pasando. Le expliqué entonces que no entendía nada de lo que pasaba, que se había desmayado y que los médicos me habían dicho que ya no se iba a despertar. “Qué cosa curiosa...”, me dijo, y pasamos a otro tema.



POR EL HOSPITAL CIRCULABAN ALGUNOS AMIGOS. SUS VISITAS no respondían a ningún esquema fijo, aparecían a veces solos y a veces en grupos reducidos. Eran siempre momentos amables, que aliviaban un poco el peso de los días. En los pasillos se los veía comentar el cuadro general en voz baja, pero nunca imperó un clima trágico ni mucho menos de piedad. Estuve presente en varias de esas charlas que se mantenían en la habitación y eran siempre, si se quiere, momentos divertidos. No se hablaba de los dolores, ni se mencionaba a la muerte. Se comentaban cuestiones literarias, se socializaba el humor negro, y por momentos daba la impresión de que los que venían de afuera, “del mundo”, eran como unos Magallanes que fatigaban los exotismos del globo para ir finalmente a narrar una historia extraordinaria al borde de una cama. Ricardo contó un día que en su barrio se estaba armando un duelo deportivo de ribetes épicos. Los que paraban en su bar —una cantina de vieja escuela que le había ganado al tiempo y evidenciaba los signos de una Buenos Aires perdida— habían desafiado a los parroquianos del bar de enfrente, más moderno e impersonal, cifra de la arquitectura globalizada, a un partido de básquet. Como no se ponían de acuerdo a la hora de elegir la cancha para el desafío, entonces uno de los involucrados declaró estar abonado a un gimnasio, por lo que disponían de una cancha para cuando quisieran. Así, doce hombres de alrededor de cincuenta años, que nunca habían jugado a ese deporte, se calzaron los pantalones cortos y salieron a defender el honor y el nombre del bar en el que se juntaban a departir todas las noches. Otra vez, César contó que en el pueblo en el que nació las vacas se amotinaron y, todas en grupo, secretamente sindicalizadas, dejaron de dar leche y se negaron a producir réditos económicos para los dueños de más de veinte campos. Fue la primera huelga animal organizada a lo largo de un vasto territorio de la que se tengan datos.

Supongo que a veces exageraban los relatos, los revestían con un énfasis ficcional, pero a mi viejo le gustaba entrar en ese juego y llegaban a momentos casi delirantes. Me gusta pensar que, en esas visitas, la habitación era una especie de laboratorio de ficciones; un último salón literario en donde recalaban solitarios y lunáticos para rendir su homenaje a la amistad.

Cuando mi padre murió, empecé a circular por los lugares donde sabía que estaban sus amigos, buscándolos. La sensación que me producían esos encuentros era ambigua: me hacían mal pero a la vez los necesitaba. Muchas veces cuando veía a alguien que lo había conocido y querido, me hablaba de él inmediatamente, como arrojándome en la cara una suerte de catarsis dilatada. No los juzgo, pero yo quedaba muy cargado después de esas charlas, a veces destruido. Me hacía bien, sin embargo, reconstruir el rompecabezas de lo que había sido mi viejo para otra gente y en otros ámbitos. Eran relatos que me abrían la herida al tiempo que me la suturaban. Así estuve por muchos meses, yendo y viniendo, fascinándome sin darme cuenta del todo con sus amigos de los años más terribles, los del alcohol y la muerte lenta. Hasta que el recuerdo maceró y ellos dejaron de ser una amenaza y una necesidad, para pasar a ser otra vez los amigos de mi viejo.



YO TENDRÍA DIEZ AÑOS CUANDO UNA TARDE ME LLAMÓ A su escritorio y me leyó un cuento. Era “Los dos reyes y los dos laberintos”, de Borges. El relato me pareció poderoso y mágico. No se trataba de la típica escena del padre leyéndole un relato al niño en la cama, de noche, para que termine de caerle el sueño. Era mi padre leyéndome un cuento de Borges en su escritorio. Tan simple y tan simbólica es la escena que me parece verosímil atribuirle a esa postal la fundación de nuestro vínculo compartido con la literatura. Algunos años después, cuando yo ya leía de un modo más “adulto” y sistemático y estaba a punto de empezar a cursar la carrera de Letras, nuestros diálogos fueron cobrando especificidad, pero siempre mantuvieron una especie de caos como centro de sistema.

Teniendo padres escritores yo no quería estudiar Letras, pero la tentación cobró finalmente un cariz irresistible. Promediando el segundo año de la carrera empecé a publicar mis primeros textos periodísticos en un diario. Mi padre leía todo lo que yo publicaba y casi siempre me devolvía algún elogio preciso pero medido. No eran loas exageradas, y en esas primeras lecturas enfatizaba la “claridad” de mi escritura y ponderaba como virtud de mis primeros textos justamente su legibilidad. Yo sin embargo no le creía. Me preguntaba cómo alguien que predicó durante décadas la pureza de la forma hermética, iba a recortar como mérito central de un texto su carácter transparente. Creo que esa paranoia mía en la que invertía el sentido de su lectura me hizo tratar de volcarme a una escritura mucho más sobrecargada, como si tuviera que escamotear esa especie de pedagogía del periodismo bajo un estilo tupido y dominante.

Hubo una vez, sin embargo, en la que ese fantasma que me dictaba la idea de que a mi padre le parecía vulgar o sencillo lo que yo escribía, empezó a languidecer. Una noche en su casa llevé la impresión de un textito que había escrito ese día sobre la muerte de Syd Barret, el líder de la línea fundadora de Pink Floyd. Se lo leí después de cenar, y al final del último párrafo lloró. Fue un momento impresionante, porque fui anticipando en las marcas de su cara la inminencia de una emoción que de pronto se materializó: el llanto fue corto y profundo; hacía mucho que no lo veía llorar, y diría que fue una de las pocas veces en mi vida en que lo vi quebrarse. Esa noche algo del orden de lo neurótico me dejó un poco más tranquilo.

Otra vez, un poco antes, cuando yo estaba por publicar mi primer reportaje largo en una revista, le pasé la primera versión para ver si me podía marcar algún error. Fue la única vez que le di un texto mío para que lo interviniera antes de su publicación. Sospecho que fue voluntariamente cauteloso, y me marcó sólo los puntos en los que el texto se mostraba verdaderamente vulnerable. Lo que sí, me escribió al margen del último párrafo, con un trazo rojo y reconcentrado, que ese cierre era cursi. Entonces lo leí y sí, era el colmo de lo rosa. Esa observación mínima, a un tiempo escueta y elocuente, tuvo un efecto dilatado y de largo alcance en mi modo futuro de leer lo que escribía. Podría decir que ahí empezaron a estar los ojos de él, mirándome entre líneas.

Recién cuando él murió pude escribir mi primera ficción, un cuento precario sobre un hombre que trabajaba de bibliotecario en un hospital. Libros y enfermedad: la ecuación lo dice todo. La anécdota me la refirió Guillermo, el médico, una tarde en su consultorio. Me contó que hubo un paciente que estuvo internado por meses y que todos los días pasaba horas en la biblioteca del

hospital. Me llamó la atención que en los hospitales hubiera biblioteca. Me dijo además que ese paciente volvía a la biblioteca todas las tardes, cuando ya no estaba internado, y que terminó siendo bibliotecario del lugar. A las pocas semanas de la muerte de mi padre escribí ese cuento, revestido de un cariz pretenciosamente kafkiano. Al cuento le puse “Duelo”, un poco sin pensarlo; era el único título que le cabía. Lo escribí con el arrojo y la impunidad que me habilitaba su ausencia. Tenía 23 años, la edad exacta en la que mi viejo publicó su primer libro y recibió su primer premio literario grande, el premio Paidós. Esa suerte de precocidad literaria suya era para mí hasta entonces como una bestia que me corría por atrás y me apuraba. Yo ya había llegado a esa edad, y nada. Un año antes viví apuntalado por ese apuro, y la edad se iba erigiendo como un agujero negro. Los 23 eran, de algún modo, y por anticipado, mi edad síntoma. Porque esa había sido la edad de su despegue; el momento en el que publicó su primer libro, recibió miles de billetes, se fue de viaje por el mundo y al volver se mudó a Buenos Aires. A los 23 él tuvo su primera novela y yo tuve su muerte.



SU ÚLTIMA NOCHE COINCIDIÓ CON LA PRIMERA VEZ QUE mi hermana y yo dormimos en su casa. Papá pasaba más tiempo dormido que despierto, y era obvio que la muerte estaba cerca y era ya un proceso irreversible e inminente. La tarde anterior a morir se desmayó y todo indicaba que ya no se iba a despertar. Respiraba con mucha lentitud y fragilidad, y parecía aferrado a un hilo casi transparente que el más mínimo movimiento podía terminar de quebrar.

El living de su casa, en donde estaba la cama, se iba cargando de un aire espeso y de un clima enrarecido. En algún momento de esa tarde llamé a mi tío Juancho, el hermano de mi viejo, que vive en un pueblo perdido de La Pampa, para que venga aunque sea a despedir al cadáver. Cortamos y se tomó un micro. Por el departamento pasaron unos pocos amigos íntimos y casi nadie más. Estábamos mi hermana y yo, construyendo una suerte de ritual, inclinados alrededor del cuerpo inerte, rindiendo los últimos adioses.

En algún momento le dije a Malena que saliera a tomar un café para cambiar de aire y descomprimir un poco el clima. Cuando cerró la puerta y me vi solo con mi papá, que ya no me podía hablar, lloré sin consuelo, un llanto estridente, ruidoso. Sentado al borde de su cama le dije muchas cosas. Le dije que me acordaba de cuando fuimos por primera vez a la cancha, un domingo a la tarde a ver un River-San Lorenzo en el que ganamos cinco a dos. Veníamos de un asado multitudinario en la casa de unos amigos tuyos, y todo el mundo me felicitaba porque iba a ir a la cancha por primera vez. Jugaba Francescoli, eran los días de gloria de River. Cuando salimos de la cancha la hinchada de San Lorenzo nos tiró piedras desde la tribuna más alta, y tuvimos que protegernos detrás de un micro escolar. Me acuerdo también de cuando salíamos a manejar, y de ese día que salimos por primera vez a la ruta y vos te quedaste dormido y yo sentí una adrenalina increíble. Me decías: la ruta es una geografía conceptual distinta, que requiere un nivel de concentración y destreza superlativa. Dormiste durante dos horas mientras yo pasaba camiones y apretaba el acelerador como si fuera la última vez. Me acuerdo de cuando tomaba clases de fútbol en Plaza las Heras y vos me venías a buscar y yo te veía aferrado al alambrado que recortaba las canchas, como un técnico imposible. Después volvíamos en auto, manejando lento y comentando las jugadas, las personalidades de los jugadores, su función en la cancha. Me acuerdo cuando era chico y te iba a visitar a tu escritorio, en la parte de atrás de la casa de la calle Gurruchaga, a la noche, antes de dormirme. Vos te pasabas la noche escribiendo y corrigiendo, y me preparabas una montaña de hojas hechas un bollo en el piso para que yo me tirara. Los restos de tu literatura, esos materiales descartados y todavía calientes que tirabas al piso y que iban formando una pirámide de la reescritura, eran mi parque de diversiones privado. A la tarde, cuando vivíamos en esa casa, yo jugaba con la pelota en el patio y cuando vos pasabas me hacías una señal silenciosa que indicaba que me ibas a tirar un penal. Yo corría a un arco imaginario y vos pateabas y seguías camino. Después jugábamos al básquet, cuando yo volvía del colegio. Me decías que si yo saltaba y retenía la respiración, sin inhalar ni exhalar por varios segundos, mi cuerpo se iba a quedar suspendido en el aire y los rivales iban a caer, dejándome el aro a mi merced. En el momento en que le estaba diciendo esas cosas, papá, sumido en lo más oscuro de su pozo, levantó una mano con lentitud pero con decisión. Hacía horas que no se movía ni daba señales de vida. Nunca me voy a olvidar de esos cuatro o cinco segundos en los que su mano se elevó y pudo ganarle al

desmayo.

Esa noche dormimos en colchones tirados en el piso, los tres en ese living minúsculo lleno de frascos con remedios y vasos a medio usar. Nos despertamos a las 9 de la mañana y papá seguía con su respiración apenas sostenida dando testimonio de supervivencia. Yo estaba seguro de que se iba a morir en la mitad de la noche, pero no. No había mucho para hacer más que esperar. Alrededor del mediodía llegó mi tío Juancho, con el bolso al hombro. Nos abrazamos y se arrodilló al borde de la cama. Le tocó la cabeza y lo saludó. Entonces mi viejo se despertó. La escena fue casi irreal por lo inesperada. Abrió los ojos y vio a su hermano. Lo había estado esperando. ¿Tomamos un vino?, le dijo Juancho, y él le contestó que con el almuerzo, porque estaba en ayunas. Yo me acerqué y le pregunté si se sentía bien. Casi no podía hablar, estaba muy débil. Me miró y asintió con la cabeza, y cerrando los ojos con suavidad me dio a entender que sí, que ya sabía que estaba por morir, que no me preocupara. Creo que todos sentimos que esos últimos minutos en los que estuvo despierto fueron un acto de nobleza, un esfuerzo que hizo por todos nosotros.

Menos de una hora después se murió.



LA MANZANA EN LA QUE VIVO —MALABIA, GUATEMALA, Canning, Paraguay— está completamente dominada por el imaginario de mi viejo. En una esquina está el Varela Varelita, ese bar al que él iba todas las tardes. Durante años esa esquina gravitó en mí como un ancla: sabía que él estaba ahí, y esa convicción le confería al barrio un cierto halo de realidad. Yo pasaba caminando, corriendo un colectivo, en un auto, y él invariablemente ocupaba la mesa de al lado de la columna, esa que ahora tiene su foto y que los parroquianos llaman “la presidencial” porque es la única que tiene dos mesas juntas. A veces lo saludaba con un gesto rápido —la inclinación de la cabeza o el movimiento horizontal de la mano, como barriendo el aire— y otras entraba y me sentaba un rato. En ese lugar su estado de ánimo era siempre óptimo, rebosante. Muchas veces estaba acompañado, pero cada tanto pasaba la tarde solo, mirando por la ventana. Decía que le gustaba la mesa de la columna, porque desde ahí dominaba visualmente el ingreso de la gente y podía refugiarse tras las bondades de la viga en caso de inferir la entrada de alguien poco grato. En ese sentido, había ido erigiendo en ese bar su bunker privado. Esas cuatro paredes eran su contacto diario más intenso con la calle, pero era también una esquina recortada del mundo, un rincón insular. Supo instalar además un concepto que quedó en la tradición oral de los parroquianos: pedir un whisky JB bajo el grito de “un Pepe Bianco”. Ahora basta con invocar el nombre del escritor argentino para que Javier, uno de los encargados del bar, acerque la botella.

Sobre la misma cuadra, Paraguay casi Malabia, están desperdigados, como gotas de un reguero, los lugares en los que paraba en esa caminata perfecta de una cuadra diaria. La verdulería, en la que compraba verduras sólo cuando tenía el dinero y con mi hermana íbamos a cenar a su casa (sostenía que había que preparar la ensalada en un recipiente de teflón, así los sabores no relegaban su particularidad en pos del conjunto); el kiosco, donde compraba los cigarrillos y comentaba durante algunos minutos los partidos del fin de semana; la rotisería, Claudio, de la que salía siempre con la promesa para el rotisero de que se iba a poner a escribir “la novela del pollo”; la casa de fotocopias, un extrañísimo refugio de cultura beatle, con sus paredes abarrotadas de fotos de Paul McCartney. Cuando vivíamos a unas cuadras de ahí, todos juntos, le llevaba los papeles para fotocopiar a un uruguayo que estaba en la esquina de nuestra casa. Desde su mudanza, decía cada tanto que le estaba siendo infiel al uruguayo y que eso le pesaba, pero que le reservaba para sus máquinas de fotocopiado “los textos más importantes”. Una vez me contó que se juntaron un puñado de personajes del barrio (un taxista que paraba en el bar, el fanático beatle, el mozo del Varela Varelita) y fueron a comer un asado a la casa del taxista. Me imagino una filmación narrada a través de los ojos de los empleados de todos esos lugares; testigos involuntarios de un periplo lento y repetitivo, día a día, durante años.

Casi todo en esa cuadrícula de tres o cuatro manzanas, museo en miniatura del crepúsculo de mi padre, me lo recuerda. Quizás por eso retrasé tanto la decisión de mudarme al departamento que supo ser suyo. Fueron necesarios casi tres años para que ese departamento mute y cambie definitivamente de piel. El barrio, sin embargo, sigue igual, y hay dos o tres zonas que mantienen su efecto casi intacto.

Fuera del barrio, en una caminata ocasional, me asaltan recuerdos más remotos. La pizzería Ferreyro, a pasos del Cid Campeador, donde íbamos siempre solos un domingo a la noche cada

tanto. Es una esquina decorada con fotos de futbolistas de la década del cuarenta y del cincuenta. A partir de las charlas que suscitaban esos retratos de hombres vestidos de camisa y de pelo engominado, aprendí el fútbol como tradición.

Pero por fuera del barrio están sobre todo los lugares más ligados a la muerte. La zona del hospital, agazapada bajo una combinación de diagonales y cortadas que se superponen, como si se tratara de un laberinto del que no se sale sino muerto. Cerca, muy cerca de ahí, el cementerio de la Chacarita, al que vuelvo una o dos veces al año. Su lápida es modesta, casi raquítica, y está al lado de la tumba de Gorriarán Merlo. Cuando visitamos el cementerio, siempre encontramos que alguien le ha dejado un nuevo papel a Gorriarán, con un mensaje de fuerza para el compañero.



SI EN BUENOS AIRES PARA MÍ HAY ZONAS SATURADAS DE experiencias, en Bahía Blanca mucho más. Hasta el fin de mi adolescencia viajé una vez al año, y nunca terminé de conocerla. La cartografía del presente —esa Bahía que recorría a mis doce, a mis quince, a mis dieciocho años— se confundía siempre con el trazado de la red que había tendido mi padre en su juventud. El club Olimpo, las primeras boites nocturnas de los años cincuenta, los restaurantes de la avenida, la plaza Rivadavia.

La casa de mis abuelos, donde nació mi padre, está justo al lado del diario local, La nueva provincia, en la calle Rodríguez. Desde chico vengo escuchando que el diario fue cómplice directo de la última dictadura, y fui erigiendo la oscura idea de que ahí adentro pasaban cosas perversas, inenarrables, exageradas siempre por mi imaginario infantil. La fachada no hace más que acrecentar ese fantasma: ladrillos negros, vidrios polarizados y una caseta de seguridad blindada. Como si el diario estuviera diseñado para resistir un ataque feroz. Alguna vez, antes de que yo naciera, los del diario le ofrecieron a mi abuelo una cifra cercana al medio millón de pesos por la casa, para derribarla y ampliar la redacción. Mi abuelo, con el increíble argumento de que prefería no mudarse, se negó. Cuando de chico escuché esa historia y la puse en sintonía con la idea del diario como refugio bélico, no pude evitar pensar que a partir de esa negativa le habían tomado rencor a mi abuelo y que lo iban a atacar de un modo brusco y sorpresivo. Nunca sucedió. Ahora ya no podrían comprar la casa; los días de gloria del diario se acabaron y cada vez venden menos ejemplares.

Cuando era chico, mantenía con mis abuelos de Bahía Blanca una curiosa relación epistolar. Recuerdo que se acentuaba mucho el hecho de que recibir cartas “los emocionaba”. Yo entonces me los imaginaba a la distancia agazapados, esperando que llegue una carta, viviendo sólo para ese momento. Lo más raro del asunto eran las cartas mismas. Mi hermana escribía el primer lado de la hoja, rayada y grande, y me dejaba libre el lado de atrás para que redacte mi parte. Eso tenía algo de plazo editorial: una cantidad de caracteres específicos, que siempre era igual, y la presión por entregarla rápido. Debo reconocer que no me esforzaba demasiado, y me limitaba a lo que hoy recuerdo como un puñado de lugares comunes, una sucesión de golpes de efecto. Me gustaría leer hoy alguna de esas cartas que se repetían año tras año, todas iguales, siempre escritas bajo el mismo ritual.

Una vez, caminando por las calles del centro, cuando yo tendría unos diez años, mientras me tomaba de la mano, mi abuelo me dijo que ya era hora de enseñarme algunas cosas, porque yo era la continuación del linaje masculino de la familia, el heredero del apellido. Entramos a jugar billar; él decía haber sido campeón de Bahía Blanca, y me regaló un taco que supuestamente había usado el campeón del mundo cuando jugó el partido final que le daría la victoria. Bahía Blanca estuvo siempre muy cargada de esos relatos, exageraciones, una épica familiar entre nostálgica y triunfalista que es la verdadera tradición de nuestro linaje y lo que él sin saber me estaba enseñando.

Me acuerdo con nitidez el momento en el que murió mi abuelo. Me llamó mi tío desde el pueblo en donde vive y me dijo: “el abuelo murió”. Un minuto después me estaba contando una carrera de autos que había ido a ver a un pueblo cercano al suyo. Una curiosa expresión del duelo,

pensé. Eran las doce de la noche. Llamé a mi viejo a su casa, varias veces, pero no atendió. Vivía a dos cuadras de la mía. Lo fui a buscar y no estaba. Decidí recorrer los bares de la zona. Entré a cinco y no lo encontré en ninguno, hasta que lo vi con un amigo, en una mesa contra la ventana, en el sexto y último bar del perímetro. Me vio desde la mesa y me hizo señas efusivas para que entrara. Me presentó a su amigo Ricardo, que yo había visto una o dos veces, y me dijo que me sentara. Estaba contento. Yo no sabía cómo decírselo, sentía que venía como a cortar la fiesta, que se volvería irrecuperable. Preferí evitar la retórica y le dije: “llamaron de Bahía”. “¿El abuelo?”, me preguntó. Cabeceé en un gesto afirmativo. Lloró durante unos minutos, mientras Ricardo y yo lo mirábamos en silencio y sin movernos. Apoyé mi mano en su cabeza, ensayando una suerte de contacto físico que funcionara como un ancla, un cable a tierra. Después me dijo que había que arreglar el funeral y las cuestiones del entierro, y que había que hacer algunos llamados. Su modo de conjurar el primer duelo era ese, el de la organización.

Desde que mi viejo murió, no volví a Bahía Blanca. La casa de la calle Rodríguez ya se vendió, y supongo que cada vez quedan menos lugares familiares. Cuando murió mi abuelo fui a buscar la biblioteca para llevarla a Buenos Aires. Los libros eran muy pocos y no valían mucho la pena. Los fui sacando uno por uno, como si en la lentitud se fundara un vínculo más riguroso, menos burocrático con el recuerdo. Les quité el polvo con un trapo, miré el año de edición de cada uno, y los fui metiendo en un bolso, apilados. Terminé en menos de media hora, y en el bolso todavía quedaba lugar para otras cosas. Pensé en llevarme algo de ropa, pero me pareció un poco morboso. Quizás, si lo hubiera visto más a mi abuelo en los últimos años, hubiera elegido alguna prenda específica que me pudiera servir como cifra o resumen de su personalidad. Cuando murió mi viejo sólo me quedé con una bufanda gris y negra, cuadriculada, que le regalaron cuando cumplió cuarenta años.



POR MOMENTOS TODAVÍA SIENTO QUE EL APELLIDO NO ME pertenece. Me veo a veces como un extranjero, un usurpador en esas diez letras latinas. Alguna vez él dijo: “Etimológicamente, Libertella quiere decir libro para la tierra. Ese es el libro que riego todos los días”. Cuando alguien me dice “che, Libertella”, me parece que le están hablando a mi viejo o, más precisamente, que me están hablando de él. Si bien no es un apellido excéntrico, tampoco es común. Para mí, el sonido del apellido está cristalizado en la vida social de mi padre, y me cuesta despegarlo de ahí.

El siempre jugó con la idea de indagar con seriedad en el origen genealógico de la familia, pero se terminaba quedando en algo que lo seducía más: los juegos de palabras, el nombre como palabra pura. En ese sentido, el linaje fue siempre para él una construcción, una pura invención. Decía que cuando murió su abuelo, leyó que en la necrológica del diario figuraba con dos nombres, uno entre corchetes: “Aquilio [Egidio] Libertella”. Para ese chico de nueve años, la ambigüedad fue explosiva. Trató de investigar la naturaleza de ese corchete, pero fracasó. Creo que entendió, entonces, que ese vacío en la identidad de la genealogía era una habilitación para especular literariamente con el origen. Le gustaba decir que en algún momento jugó con la idea neobarroca de la ausencia de origen. Es el concepto borgeano de que la ausencia de tradición nos habilita a todo en vez de coartarnos. Quizás con esas teorías un poco alocadas mi padre me estaba diciendo que él jugaba con el apellido a su modo, pero que no fosilizaba los resultados de ese juego. Desde su muerte, entonces, el apellido Libertella vuelve a cero. Yo tendré que encontrar el modo de inventarle de nuevo un origen, un relato, para así regar todos los días, a mi modo, el libro para la tierra.



CUANDO ÉL MURIÓ QUEDARON, ENTRE OTROS OBJETOS, DOS bolsas llenas de fotos de varias épocas y un par de videos con filmaciones. Todavía no pude volver a ver los videos. Quizás haya algo en su voz, en la resonancia específica del tono, que prefiero amparar en esa zona difusa donde conviven el recuerdo y la idealización, como si se me hubiera vuelto imperioso sacar esa voz de la realidad para salvarla del deterioro y la erosión del día a día.

Durante los primeros meses de su ausencia, se aparecía frecuentemente en mis sueños. La escena variaba en algunos aspectos menores, pero su significado era siempre el mismo. En esos primeros sueños me lo encontraba en alguna reunión, en un lugar con veinte o treinta personas, y hablaba durante algunos minutos con él. A mí me llamaba la atención que la gente no se sorprendiera de que él estuviera ahí, estando muerto. A esa primera confusión le seguía siempre un arrebatado de urgencia: tenía que aprovechar esos minutos, porque si bien esa extraña sobrevivida era para mí inexplicable, también entendía que de un momento a otro se acabaría. Cualquier cosa que mi viejo me dijera en el sueño, entonces, la atesoraba como a una reliquia o a una extraña especie a punto de extinguirse. Me desperté muchas veces con la sensación de que él me había legado una palabra mayor, una suerte de último testamento. Con el tiempo, esa obsesión onírica por apresar una palabra o una transmisión de mi padre fue virando, y los sueños en los que se me aparecía se volvieron más esporádicos y menos vertiginosos.

Si los sueños fueron por mucho tiempo una postvida, las fotos son el ancla de un pasado que a veces parece desdibujarse. Veo fotos de él cuando yo tenía cinco, nueve, doce años, e irrumpen un puñado de escenas que creía olvidadas. Los años oscuros, esa última y larga etapa de eclipse de mi padre, fueron tan dominantes que terminaron por impregnar mi memoria, contaminándola como un virus expansivo, dejando como recuerdo central a un hombre en caída libre. Me cuesta recordar los años anteriores al derrumbe, y en esa tarea las fotos cumplen un rol vital. Mi foto preferida debe ser de 1989, quizás 1990. Aparece enfocado de perfil, sentado contra una pared, vestido con un traje blanco que no recuerdo fuera de esa instantánea, con un cigarrillo entre los labios. Por los platos que lo rodean —esos platitos de plástico, descartables, de fiesta infantil— asumo que fue tomada en algún festejo al que se había sometido con resignación y paciencia, tal vez un cumpleaños mío, acaso el de algún compañero de escuela. Con la barba negra y tupida, mira una escena que el fotógrafo decidió relegar. Es una mirada al mismo tiempo atenta y perdida. Creo que el doblez que insinúa la foto (estar afuera y adentro del cuadro) le confiere para mí un aura de retrato perfecto.

Otra foto que me gusta es una en la que estamos en una cocina, los dos en pijama, de noche. No recuerdo esa cocina, pero era pequeña y cálida. Él está arrodillado en el piso y yo aparezco de pie al lado suyo, a su misma altura. Sonríe y me señala la cámara. Yo sonrío. Es una foto alegre y simple, y evoca una época de despreocupada cotidianeidad que mi memoria fue borrando.



A LOS POCOS MESES DE SU MUERTE ME AFICIONÉ A LA LECTURA de novelas y relatos sobre la muerte del padre. Rápidamente el género se abrió ante mis ojos y entendí que se trataba de un corpus amplio y prácticamente inagotable, en el que podía perderme por años. Como en una cinta de moebius, esos relatos se encadenaban en una lógica espiralada que amenazaba con absorberme para siempre. Todos esos relatos son únicos —ponen en abismo un anecdotario intransferible— al tiempo que están condenados a su universalización. Muy pocos géneros adolecen de esa fatalidad. Supongo que en la lectura de esos libros buscaba sumarle otro cuerpo a mi experiencia. Durante esos meses de lectura frenética suspendí todo juicio conceptual o estético para abandonarme a una política de la identificación total, a una transferencia impudorosa.

Vistos ahora desde cierta perspectiva, me parece que esos textos están anudados por una cuerda invisible que los vuelve a todos un poco parecidos. En ese sentido, operan como una droga implacable: sabiendo que uno va a encontrar siempre lo mismo, quiere más. Esos libros erigen además una relación curiosa con los modos de leer. Un poco a mitad de camino, se leen por fuera y por dentro de la literatura. Establecen además una particular lógica de las temporalidades, en donde se superpone el presente y el pasado como dos capas finas y mojas que se pegan una a la otra. Quizás uno de los puntos centrales de esos libros tenga que ver con la aparición de una voz; trayendo del pasado la historia del padre, aparece la voz del hijo en el presente.

Casi todos esos libros, buenos o malos, ficcionados o de corte más secamente testimonial, se mueven en un contrapunto que no pueden eludir: idealizar al padre y, al mismo tiempo, saldar cuentas y tomar distancia. No hace falta una agudeza sustantiva para saber que esos libros se escriben, justamente, para atravesar esa contradicción, y que con el punto final subyace la promesa de una especie de redención. Pocos géneros se parecen tanto al psicoanálisis en términos de efectos. En ese sentido, mi diario de lectura de aquellos meses no se puede separar de las sesiones de terapia semanales a las que iba, y en las que hablaba casi exclusivamente de los efectos de su muerte. Me gustaría creer que fui haciendo semana a semana, en mi terapia, un camino similar al que hacían esos escritores en sus libros.



Al pasar delante de una funeraria nos decías:  
“agáchense, no vaya a ser que les tomen las medidas”.

Ese era tu consejo, tu sabio consejo.

Y no estuvo mal, pero se te olvidó algo importante:  
vos también tenías que agacharte.

Nacho Vegas

EL VELORIO FUE LARGO Y AGOTADOR. EMPEZÓ HACIA EL mediodía con una extraña disposición más asociada a lo festivo: la familia esperando a los amigos en un amplio living cuadrangular, con ventanales a una esquina apacible de Villa Crespo. En la otra habitación, el cuerpo en reposo a cajón abierto. Mi padre estaba vestido con un traje negro, una camisa blanca y una corbata color vino tinto. La decisión del vestuario, una instancia para la que uno no está preparado, fue rápida pero intensa.

Cuando terminamos de elegir la corbata con la que recibiría a sus últimos invitados, me acordé del final de *Patrimonio*, de Philip Roth. La noche después del entierro, el narrador consigna un sueño en el que su padre se enoja con él por el traje que le eligió para el velorio. Es una escena tremendamente angustiante, donde se mezclan el sueño y la muerte. Su padre le recriminaba haberlo enviado a la eternidad con la ropa equivocada. Cuando despierta, el narrador llega a esta conclusión: su padre en realidad no le estaba reprochando la elección del traje; lo que no aprobaba era que él, su hijo, estuviera escribiendo un libro sobre su muerte. Roth termina diciendo: “con la falta de decoro propia de mi profesión, estuve escribiendo este libro durante toda su enfermedad y su agonía”. Esa frase me asaltó frente a la imagen del cajón de mi padre.

La casa velatoria llevaba al extremo una intencionada neutralidad en la elección y la disposición de sus adornos. Vacía de símbolos, como si la muerte no admitiera contrastes, la sala en la que dispusieron el cajón era pequeña y asfixiante. La gente entraba a esa habitación con cautela, en un acto simbólico que terminara de sellar su carácter trágico y sacramental, y salía en silencio. Hacia el principio de la noche la sala se llenó de gente y la jornada tuvo su cenit. Parloteaban en los rincones, se juntaban, medraban, circulaban solos o en grupos reducidos. Cada vez que alguien pasaba cerca mío, yo podía percibir una mínima electricidad, mezcla de compasión y vergüenza. Todo era agotador y parecía estar saturado. Hacia las diez de la noche salí con unos amigos para tomar un helado y despejarme un poco la cabeza. Volví a la sala una hora después y ya la dominaba un silencio extraordinario. Lo que había sido una fiesta de la elegía mostraba ahora su dramático esqueleto. Entré como un autómatas a la sala chica, la del cajón, y en ese momento salía Eduardo, un amigo de mi padre. Me vio, se largó a llorar y me abrazó. Maestro, me dijo, maestro, mientras me abrazaba. No lo puedo creer, no puede ser, repetía. Me miró a los ojos y no supe qué contestarle, más que un asentimiento silencioso que lo condensaba todo. La herencia está acá, me dijo, mientras me daba unos golpes suaves en el pecho con el puño cerrado.



## EPÍLOGO

LA CASA VELATORIA ESTÁ ILUMINADA CON LA LUZ NATURAL del sol de la mañana. Es sábado. El aire del lugar, que ayer estaba cargado y denso, hoy parece renovado, como después de un huracán o de una redención. Las sillas están casi todas vacías; únicamente un puñado de amigos cercanos y de familiares toman el primer café del día y esperan el momento de salir para el cementerio. Hablamos poco, estamos cansados y nerviosos. Algunos hojean el obituario en los avisos fúnebres del diario: Héctor Libertella, 1945-2006. Tus hijos Malena y Mauro.

La repartición de autos se da de manera natural. Los que vinieron en el propio se van ubicando al final de la caravana, y suman a quienes hayan llegado solos en los asientos de atrás. Adelante va el cajón, en un auto negro de sobria arquitectura. Atrás vamos mi hermana, mi madre y yo, custodiando la marcha del cuerpo. Los primeros cuatro autos de la fila son negros, y cruzan una ciudad vacía y en silencio. Miramos las caras de los peatones, que a nuestro paso bajan la vista con el respeto y la lejanía que impone el dolor ajeno. El viaje es corto pero se hace lento: casi no se escuchan los motores. El silencio del auto me recuerda a esa calma tan dulce de las salas de recién nacidos.

Bajamos en la puerta del cementerio de la Chacarita. Mi hermana se aleja del grupo por unos instantes para comprar un ramo de flores. Desde nuestra posición se ve la puerta enorme, custodiada por cuatro columnas que evocan en miniatura a la Catedral y a la Facultad de Derecho. Esperamos que todos los autos estacionen y entramos.

El cajón ya está fuera del auto, y cuatro empleados del cementerio lo meten en una habitación cerrada. Unos minutos después nos hacen pasar, y un cura recita unas palabras mientras bendice el cajón. No sé si alguien nos consulta por la posibilidad de un momento religioso, pero nos resignamos. El cura le ofrenda una última bendición al cuerpo, y todos salimos al pasillo central de la necrópolis.

Me aferro a una de las seis manijas del cajón, para cargarlo hasta la parcela asignada. Amigos y familiares hacen lo propio con el resto de los metales, y caminamos con parsimonia mientras el sol nos pega de lleno en la cara. Pasillo 50, intersección octava, parcela numero ocho. El cementerio es enorme, y parece perderse en el horizonte, no terminar nunca. Mientras caminamos, pienso en la campiña inglesa, en los grandes campos argentinos, en el verde intenso del pasto de los estadios. El pensamiento me reconforta y le saca algo de dramatismo al periplo. Cada tanto miro las caras de los que están conmigo llevando el cajón, y los imagino sumidos en paraísos mentales similares.

El hueco en la tierra está abierto; es perfecto y terrible. El cajón está adentro, y la parte superior está limpia todavía. Nos congregamos alrededor de ese gran agujero, que parece que irá

a llevarse a papá hasta el centro de la tierra. Nos abrazamos y lloramos. Algunos miran la escena en silencio, conteniendo las lágrimas. Otros hablan en voz muy baja, como si se repitieran una consigna o un mensaje para sí mismos. Mi hermana apoya las flores en el cajón, y retrocede dos pasos. Con un modesto contacto visual, el sepulturero empieza a arrojar las primeras paladas de tierra sobre el cajón. Yo me acerco y me ofrece la pala. Tiro unas paladas, ayudándolo a ir. La pala es pesada y me tiembla en las manos, pero hago fuerza y lanzo otra carga con determinación. No sé de dónde saco la entereza para no volverme loco, pero palada a palada el cajón termina de desaparecer y papá ya está oficialmente bajo tierra. Nos damos un abrazo largo y triste entre todos, y miramos lo que ahora es una pequeña montaña de tierra y raíces, en silencio. Cuando nos damos vuelta para empezar a irnos, irrumpe un grupo de quince monjas que van detrás de un féretro cantando una canción transparente y deliciosa. Cantan todas juntas, tenuemente, pero su voz parece llegar hasta el fondo del lugar. Pasan a nuestro lado y una de ellas, una señora de casi ochenta años, me mira a los ojos y me sonrío. Sin detenerse, se van todas juntas cantando en latín, y al final se pierden por detrás del cementerio.



## **MI LIBRO ENTERRADO**

Se terminaron de imprimir 500 ejemplares el mes de noviembre de 2016, en los talleres de Impresión y Diseño, Suiza 23 bis, Colonia Portales, México, D.F., 03300.

Impreso sobre papel bond cultural ahuesado de 90 g/m<sup>2</sup> para los interiores y cartulina sulfatada de 14 puntos para los forros.

Para su formación se utilizaron las familias tipográficas Gotham Narrow de Jonathan Hoefler & Tobias Frere Jones, diseñada en 2000, y Minion diseñada por Robert Slimbach, en 1992, inspirada en la belleza de las fuentes del Renacimiento tardío.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Emiliano Becerril Silva.

La portada fue realizada por Ana Bellido y la formación por Lucero Vázquez.

Ciudad de México, 2016

